

Queridos amigos, este domingo 23 del tiempo ordinario, la liturgia de la palabra nos invita a reflexionar, comprender y tratar de llevar a la práctica la síntesis de cada mandamiento, es decir, **la caridad**, como hemos escuchado de la segunda lectura de la Carta del apóstol San Pablo a los romanos.

El Evangelio, que podéis leer y meditar personalmente, nos habla de la necesidad de perdonar a nuestro prójimo, nos habla del poder de las llaves dado a los apóstoles; sin embargo hoy me gustaría ofrecer os una idea que considero esencial para nosotros, para que seamos ayudados y podamos poner en práctica este mandamiento.

El Señor nos dice de amar a nuestro prójimo.

¿Por qué debemos amarlo?

¿Cómo podemos amarlo?

El prójimo frecuentemente no es amable, aunque el Señor nos sorprende al decirnos que la plenitud de toda la ley se cumple en la observación de este precepto, pero si no lo cumplimos en realidad, no hemos hecho nada.

Entonces, debemos entender bien la motivación que puede ayudarnos a aceptar y hacer nuestro este mandamiento, que es lo más necesario en nuestra vida de fe.

Todo el resto es necesario para cumplir con este mandamiento, y por lo tanto, si esto no existe, significa que todo lo demás no ha sido útil para nada.

De esta manera al mirar a nuestro prójimo, tenemos dos perspectivas:

- Lo respetamos así como es, y entonces no encontramos en él casi nunca elementos de amabilidad y las razones para amarla, porque somos demasiado críticos...

Seguramente todos los hombres tienen límites y defectos, son pecadores... y, por eso, si nos fijamos en ellos por lo que son, es muy difícil sentir por ellos un sentimiento de amor, una atracción positiva, un deseo de amarlos con todo nuestro corazón.

- **O tal vez, podemos mirar a otros con otro ojo: es decir, con la mirada de Dios que ve en ellos una imagen de Jesús.**

Cada hombre es imagen de Dios, pero debe ser la imagen de Jesús, porque el hombre, cuando se creó, ha sido pensado **a imagen y semejanza de Dios en la forma que asumió Jesús.**

De este modo nosotros, debemos considerar este precioso icono que cada uno de nosotros lleva.

Tenemos que mirar esta imagen de Dios que todos nosotros debemos demostrar, que somos hijos de Dios, pero sobre todo, considerar el hecho de que Dios quisiera salvar a todos con su amor y llevarlos al cielo.

Quien no logra ir al Cielo se perderá y, por lo tanto, **deberíamos sentir este gran amor para las personas que encontramos, sobre todo por los creyentes, para que puedan reflejar la imagen de Jesús y ser salvos.**

Si nosotros, en lugar de mirar los defectos, nos fijamos en el potencial positivo de los demás, entonces, tal vez nuestro corazón comenzará a convertirse.

Lógicamente, nuestra conversión es necesaria, es decir, el hecho de **mirarnos a nosotros mismos con ojos de misericordia**, tener en cuenta de nosotros, no solamente las cosas que consideramos feas, sino la belleza que nuestra persona lleva dentro de sí mismo y espera ser revelada.

Algún santo ha comparado a cada uno de nosotros, a un diamante en bruto que puede ser moldeado, procesado y convertido en un brillante puro.

Tenemos que quitar de nuestras vidas toda la escoria y luego brillaremos.

He aquí, la única razón que puede permitirnos amar a los demás con el amor que Jesús quiere que compartamos, la única manera de vivir los mandamientos y nuestra religiosidad con amor y por amor, creo que debemos considerar la imagen sagrada que cada hombre tiene dentro de sí mismo.

Oremos juntos este domingo, para que el Señor nos pueda iluminar siempre con su Espíritu Santo, nos haga comprender más profundamente esta verdad, fortalezca nuestra voluntad para que sea capaz de superar cualquier odio, cualquier obstáculo, cada rencor, cada resentimiento... hasta llegar a eliminar también cualquier antipatía.

La exhortación que les dejo es esta: iniciad, si es posible, a eliminar la palabra antipatía de vuestro vocabulario, de vuestras categorías espirituales.